

Biblioteca-Films

TOSCA

Núm. 81

25

cénts.



BERTINI
SERENA y
DE - ANTONI

BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA SUPREMACIA

REDACCIÓN:
Calabria, 95

O

Teléfono 173-H
BARCELONA

APARECE TODOS LOS MARTES

REVISADO POR LA CENSURA PREVIA

TOSCA

Drama de intensa emoción, tragedia en la que los celos juegan su principal papel, en que la pasión se desborda cruel, avasalladora... Obra cumbre que hizo inmortal el nombre de Victoriano Sardou.

PERSONAJES

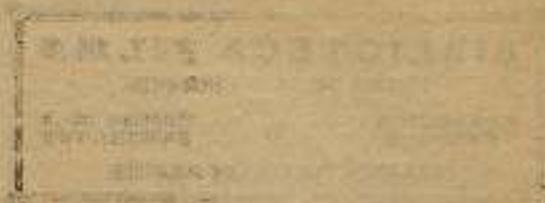
INTERPRETES

Fioria Tosca	Francesca Bertini
La Marquesa Attavanti	Olga Benetti
Mario Cavaradossi	Gustavo Serena
El barón Vitellio Scarpia	Alfredo de Antoni
El conde Angelotti	Francesco Gennaro
Sciarrone	Vittorio Bianchi
El sacristán	Luis Cigoli
Maria Carolina, Reina de la Sicilica	Edith Altomare

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

Las grandes exclusivas de **JOSE GURGUI**

Paseo de Gracia, 58 - Barcelona



PRÓLOGO

Era el día 18 de febrero de 1798. Tras dieciocho siglos de sueño, en el Capitolio proclamábase la República Romana.

Mas daró bien poco la estabilidad del nuevo régimen. Al cabo de un año, escasamente, los reaccionarios, mediante las armas y la traición, consiguieron derribarlo.

Era, a la sazón, Prefecto de Policía el hombre más sanguinario de aquella generación.

El barón Vitgio Scarpia, hombre lascivo, de instintos de chacal, continuamente manchaba sus manos con la sangre del sufrido pueblo y lo sacrificaba todo a sus bajos instintos.

Todos le miraban con mortal espanto. Unos cuantos rufianes de corazón de bronce y de rostro saúdo y feroz, formaban su escolta.

Al empezar nuestro relato, reflejo fiel del drama universalmente conocido que brotó de la pluma de Victoriano Sardou para llenar de emoción y horror el corazón de las multitudes, conduciremos al lector a la anchurosa y vetusta sala donde el sanguinario Scarpia dictaba sus sentencias.

Llevados son a su presencia los principales cabecillas de la revuelta.

El conde César Angelotti, con arrogancia, levantando su testa noble donde una frente serena arrugábase en un ceño retador, escuchó, impertérrito, los insultos que, sañudamente, el tirano le dirigía.

— ¡Hola! ¿Con qué vos, conde Angelotti, habéis caído en la gafonera?

— No me arredran vuestras palabras, barón Scarpia. Dios juzgará a todos y sentiréis sobre vos el peso de su justicia.

— Bien—replicó cínicamente Scarpia—. De jaos de peroraciones y hablemos de lo que más os interesa.

— No me interesa va nada en este mundo.

— ¿Ni la libertad?

— ¿A trueque de qué?

— Vuestra hermana, la marquesa Attavanti, es irresistible. Ha venido a implorar clemencia para vos... Y yo, ferviente admirador de la belleza, adorador de los ojos azules que tantas noches han turbado mi sueño, no he podido hacer oídos sordos a sus ruegos hechos con una voz que siento todavía zumbiar en mi corazón y en mi cerebro.

— Acabad—dijo impaciente el conde.

— Seré indulgente, en atención a la incomparable hermosura de vuestra hermana. Os concedo algunos meses de «veraneo»... en el castillo Sant'Angelo...

V a una señal imperiosa, los esbirros empujaron hacia fuera a los infelices cuya suerte estaba echada. Angelotti, sin abandonar su

gesto altivo, provocador, lanzó una mirada de odio al cruel Prefecto, quien se frotó las manos, sonrió satánicamente y abrió de par en par el ancho ventanal...

Un frío de muerte heló su rostro.

En su vergel, inmenso y létrico, tambaleábase en la borca los últimos cadáveres entregados al pasto de los cuervos.

Una risa estridente escapóse de sus labios, y su frente volvió a nublarse de ideas lúgubres, sanguinarias y antihumanas.

I

Penetremos en la iglesia de San Andrés.

Bajo sus amplias y vetustas columnatas, haciendo de dosel la bóveda gigante y milenaria, vemos a Mario Cavaradosi, joven pintor, romano por su cuna, mas parisién por temperamento, pues fué educado en París en un ambiente de libertad.

Departa con el sacristán, ladino, hipócrita y astuto, quien le muestra un periódico en el que se relata la victoria del general Melas sobre las «hordas que osan llamarse ejército francés».

El sacristán muéstrale el periódico con el sano intento de herir sus ideales.

Pero se aleja sin lograr del todo sus propósitos, al ver entrar a la marquesa Attavanti.

Con el pretexto de orar, frecuenta ésta la iglesia de San Andrés. Ojos atisbadores la ve-

rían esconder con cautela en la capilla de los Attavanti un disfraz de mujer.

Cavaradosi, en días anteriores, había tomado a la bellísima marquesa por modelo de su «Magdalena». Por eso le venos ahora estampar en la tela los últimos detalles de aquel rostro singular.

No hemos dicho, aunque el lector ya suponerlo debe, que Angelotti gemía todavía en Sant'Angelo en espera del suplicio, y que las visitas de su hermana, la marquesa, a la iglesia milenaria no tenían otro objeto que el de preparar concienzudamente su fuga.

Llega el día anhelado. La fuga, tanto tiempo preparada, llega a ser una realidad. Angelotti entra jadeante, receloso, en el atrio y ocultándose a las miradas de los fieles, halla al fin la ocasión de esconderse en la capilla de su familia.

Abandonemos por unos momentos este lugar sagrado, y entrando sigilosamente en el camerino del Nobilito Teatro, no saldremos de nuestro asombro al columbear a la bella entre las bellas, a la artista más agasajada de aquellos tiempos, en Roma, a la divina Floria Tosca, la preferida de la reina, la diva más sublime, la trágica imponderable.

La horda de cortesanos husmea como siempre a su alrededor. Floria los escucha con indiferencia... Entre aquellos sátiros, abonados al palco presencio se encuentra el barón Vitelio Scarpa, quien, convencido al fin de que la Tosca entregó su corazón a Mario Cavaradosi, urde, con sus compañeros, una trama para lo-

grat que en el alma romántica de la artista penetra el demonio de los celos.

Y al fin lo logran, contándole imaginarias aventuras galantes acaccidas a Mario.

Su temperamento excesivamente celoso, perdonable quizás gracias al amor intenso que por Mario albergaba su pecho, sintióse herido por aquellos dardos, y sin perder un momento, previendo tal vez que va a sorprender al jacobino en brazos de otra amante, corre Floria hacia la iglesia, donde Lama bruscamente en el preciso instante en que, oyendo ruido, Cavarrossi ayudaba a esconderse a Angelotti, después de prometerle que velará por él para arrancarle de las garras del bandido Scarpia.

Pocas horas después, Floria y Mario se encuentran solos en un risueño jardín, rido lleno de amor y de misterio.

Nerviosamente, Floria escupe en la cara de su amante toda la bilis que en su pecho anida.

Condolido, Mario le habla con dulzura:

—¿Por qué eres así, Floria? Tú no razones cuando te asaltan los celos. ¡Es una insensatez lo que estás haciendo!

Al corazón de la artista va retornando la bonanza. Sus ojos se inundan de lágrimas.

—Perdóname, amor mío. ¡Te quiero tanto!

Un beso estífrido acalla el rugido de la fiera.

—¿Te acuerdas?—susurra Mario al oído de su amante.— Yo forjé tu nombre de artista.
«Tosca», por tu patria, Toscana la riente, donde te conocí, niña aún. «Floria», porque eres



FLORIA TOSCA

Francesca Bertini

la reina de las flores de aquel jardín donde te vi por vez primera...

¡Majestad, Amor que todo lo embelleces y todo lo sublimas!... Extendiste tu manto, en aquella hora vespertina, y encañaste quedamente a los pajarillos tu canción eterna... tu canción que entonaban silenciosos los vergeles y los pájaros de aquel jardín, albergue de dicha tanta, testigo mudo de tantos embesosos!...

II

Mario y el conde preparaban cautelosamente en la iglesia de San Andrés la fuga del segundo hacia el extranjero, cuando unos pasos de mujer sobresaltaron al pintor. Un aldabonazo en la puerta hizo estremecer a Angelotti.

—Es mi Floria que llama. Volved a entrar en la capilla, conde. Ni de ella voy a fiarme. Religiosa hasta el fanatismo, sería capaz de contárselo al confesor.

Y después de empujar suavemente a Angelotti, que desapareció para ocultarse en su escondrijo, Mario abrió la puerta.

Floria entró, encendido su rostro por el coraje.

—¿Por qué estaba cerrado? ¿A qué viene esta novedad?

—¡Lo quiere así el sacristán!—le contesta Mario.

Floria contrae los labios en un mohín de incredulidad.

—¿Con quién estabas hablando?—prosigue con voz trémula.

—¡Mujer! No hablaba con nadie.

—¡Hum!

—¿Quién quieres que se halle, a estas horas, en este tostadero, cuando todo buen romano prefiere dormir su siesta a la sombra de los tilos?

—¡No, Mario mío!—prorrumpió sollozando Floria en un espasmo de dolor, de desesperación, de amargura—. Mientes.

Cavaradosi recurre a todos los extremos para convencerla. Al fin, lánguidamente, confiada en la lealtad de su bien amado, cae en sus brazos. El va a besarla, mas Floria, religiosa en extremo, lo aparta suavemente, y le dice sonriendo:

—Déjame que primero roce a la Virgen.

Ora unos instantes Floria, y al volver, después de su oración, los ojos hacia la tela donde días ha labora Mario, torna a nublarse su frente la sombra maldita de los celos.

—¡El retrato de la marquesa!—exclama.

—¿Uh? ¿Qué te parece?—le pregunta Mario ingenuamente.

Floria, dibujada en sus labios una sonrisa feroz, se acerca a la tela, y prorrumpie con fingido desdén:

—¿Tu amante, quizás?...

—¡Floria!—gime Mario, dolorido.

Mas ella sigue, imperturbable:

—¡Ah, esos ojos azules!... Los míos son negros... Y a ti te gustan más los que en sus

retinas se refleja el color del cielo. ¿Adivino, Mario?

—¡Por Dios, Floria, que me vistas! Tus celos son infundados. Que no tengo nada que ver con la marquesa... Yo te juro que ella ni me conoce. Viéndola un día arrodillada ante el altar, con un parecido grande a Magdalena arrepentida, concebí la idea de trasladar al lienzo su rostro que, si no tan bello como el tuyo, evoca a aquella mujer santa y sublime, después de obtener el perdón de sus pecados...

Floria Tosca, ante estas palabras, baja los ojos, avergonzada.

—Te creo, Mario... Necesito verte. Pero ponte los ojos negros... En tus horas de trabajo crearás así que te miro yo... ¡Y yo no puedo consentir en que te miren otros ojos que los míos!... ¡Júrame que vas a ponerlos negros!

Arrobado, Mario estampa un beso en la frente de Floria.

La artista ruborízase, y exclama, temblando:

—¡Ante la imagen de la Virgen!

—Te perdonaré, ciertamente—le dice riendo Mario.

—¡Oh, sí! ¡Es tan buena! Hasta mañana, Mario mío. Esta noche seré esclava de la fiesta en el Palacio Farfese.

No bien hubo traspasado el umbral, cuando un disparo de cañón anonadó a Mario. Al instante, apareció Angelotti, temblando de emoción.

—Este disparo anuncia la fuga de un preso del Castillo. ¿Estoy perdidó, Mario?

—No temáis, conde. Venid conmigo. Aún es tiempo.

No bien los dos héroes han desaparecido por una puertecita falsa, hacen irrupción en el templo las hordas de Scarpia con su jefe a la cabeza, en el preciso instante en que el salvatán acude, azorado, al ruido que mueven los esbirros.

Scarpia, a boca de jarro, así le dice:

—Dime dónde se esconde un reo escapado del castillo. Sé que ha pasado la noche en esta iglesia.

—Os juro, señor, que nada he visto.

—Ya veremos. Debo decirte que se ha publicado un bando prometiendo un premio de mil piastras para quien delate a Angelotti. Para quien le proporcione albergue, sextero o comida, está preparada la horra.

Así dice el sanguinario, cuando, fijándose en el retrato de la marquesa, una sonrisa diabólica viene a aborrear su rostro.

—¡Hola! ¿Quién ha ejecutado este retrato?

—El pintor Cavaradossi—le contesta el sacristán— El hereje amante de Floria Tosca.

Rechina Vitelio Scarpia:

—¡Ahora lo veo claramente!... Han escapado. El «parisién» preparó su fuga. Bueno.

Encógese de hombros. Arteramente, se encamina al altar donde el día anterior oraba la marquesa, y sus pupilas resplandecen. Se apodera de un abanico. El malvado vuelve hacia los suyos. Muérdese los labios, mira de soslayo a su hombre de confianza, y sin abandonar

su risa diabólica, le habla por lo bajo, dándole codazos y guiñándole un ojo:

—Vago urdió su trama, gracias a un pafine-lo. Yo la urdiré mediante este almanico.

Y mientras los himnos por la victoria austriaca oyense solemnes en la plaza de la Iglesia, Scarpia, confundido entre la muchedumbre, saborea su venganza... Ve en sus brazos a la divina Tosca... Sonríe al ver reforzarse en el patíbulo a Mario Cavaradosi... Quiere el malvado exhalar una oración; elevar, como los plebeyos, una prex al Cielo... Mas no pueda... Las plegarias mueren en su pecho, al nacer... Y el miserable, al fin, balbucea:

—¡ Ah, Tosca, Tosca! ¡ Tú me haces olvidar a Dios!

III

Celébrase en el Palacio Farnese una de aquellas fiestas que tanto esplendor dieron a la Ciudad Eterna.

Aparece, poco después de comenzada, la Reina de Nápoles, María Carolina, de carácter duro, soberbio, orgullosa hasta la repulsión. Busca ávidamente con los ojos a Vitelio Scarpia y, al divisarlo, le manda llamar.

—Barón—le dice con tono áspero—. Os doy veinticuatro horas de tiempo para prender y aborcar al jacobino Angelotti. Si no lo conse-

guís, os espera la separación del cargo y el destierro a Sicilia.

Scarpia, ante tamaña amenaza, pone inmediatamente en práctica su diabólico plan.



Avanza resuelto hacia los amantes y salvado graciosamente a Flora.

Va al encuentro de Flora y así le habla con un tono impregnado de dulzura:

—Siendo, como sois, tan piadosa, extránamente que vayáis a la iglesia para profanarla con amores mundanos.

Una mirada de odio y de sorpresa, a la par, lanzada por la diva, va a herir en los ojos al

tainado, en el cual no tarda en aparecer el gesto hipócrita y burlón.

—No lo neguéis—prosigue—. He hallado vuestro abanico sobre el andamio de Cavaradossi.

Tosca arrebató la prenda y exhaló un grito de rabia.

—¡Es de la marchesa de Attavanti!—protrueme—. ¡Ah! ¡Entonces es cierto que la infame se escondió al entrar yo en la iglesia!

—Calma, calma, Floria—le aconseja ladínamente Scarpia.

—¡Imposible, señor! ¡Mis celos no eran infundados!

Y cual un león encerrado en su jaula, debátese nerviosamente la diva, jurando que, si es verdad su sospecha, sabrá sorprenderlos en el que hasta hoy fué nido de su amor.

Una sonrisa de triunfo brota de los labios del Prefecto.

Entretanto, Cavaradossi había llevado a Angelotti a su villa, que compró a nombre de otro, y que era ignorada de todo el mundo menos de la Tosca.

—En caso extremo—decía al fugado mostrándole un pozo que había en el jardín—hallaréis aquí dentro un nicho, disimulado en esta pared, y en él podréis permanecer, con víveres suficientes, hasta que el peligro se aleje.

—¡Oh, gracias, generoso Mario! Pero yo os juré en Dios y en mi ánima que Scarpia no me prenderá vivo. Conmigo llevo un veneno fulminante...

—No hay que pensar en ello, conde. Venid ahora.

Le condujo a sus habitaciones.

Mas, de pronto, al oír pasos ligeros, le empujó hacia una puerta secreta, que daba al jardín, la cual cerró rápidamente.

Apareció Tosca, a la cual no pasó desapercibido el leve ruido de una puerta que se cierra.

—¡Miserable!—gritó—. ¿Dónde has escondido a tu Magdalena?

Y agitando en el aire el abanico, le escupió en el rostro:

—He aquí la prueba de vuestra traición.

Cavaradossi sonrió. Fué su sonrisa, serena, apacible y dulce, un rayo de luz que fué a iluminar el corazón atarido de la celosa Floria. Y tomádoela de una mano, así le habló:

—¡Amor, dulce amor mío! Si no te ama se tanto, te reprendería por tu impetuosidad. Te juro, por mi cariño, que si tú conocieras la verdad de todo, me besarías llena de júbilo.

—Habla, Mario—protruimpió débilmente Floria.

—Mira hacia allá...

Tosca volvió los ojos y divisó al fugado.

—He salvado a Angelotti de la horca.

La diva se arrojó a los brazos de Mario y una lágrima de arrepentimiento asomó a sus ojos.

—¿Dónde has hallado este abanico?—le dijo Cavaradossi—. ¿Quién te excitó esos celos?

Floria comprendió. Un grito de terror escapóse de su garganta.

—¡Dios santo! ¡He servido de anzuelo al malvado Scarpia!

Rápidamente, aparecieron por la puerta del fondo el barón y sus satélites.

El infame avanzó resuelto hacia los amantes, y después de saludar graciosamente a Floria, se dirigió a Mario, diciéndole:

—Caballero, si queréis evitaros un mal rato, y sin pérdida de tiempo, decidme donde tenéis escondido a Angelotti.

Una oleada de sangre encendió el semblante del pintor, mas repúsose al momento, y recordando su sangre fría, respondió:

—¿En qué os apoyáis, Prefecto, para acusarme de encubridor?

—¡Ea!—gritó Scarpia—, basta de contemplaciones. Señor Juez del Pisco, conduzca usted al caballero a aquel cuarto y comience su interrogatorio... con las debidas formalidades.

Unas manos de hierro se posaron sobre el hombro de Mario, que, a viva fuerza, fué conducido a la cámara indicada por el Prefecto, cuya puerta cerróse tras los esbirros.

Quedaron solos el malvado y Floria, que temblaba de espanto.

Scarpia, socarronamente, dibujada en sus labios su sonrisa habitual, mefistoflica e insultante, habló a la infeliz con una calma atroz:

—Bien, encantadora Floria. Contadme, mientras tanto, la historia del abanico.

La Tosca quiso insultar al infame, mas, comprendiendo que ello sería pábulo para que su cólera se desencadenase en perjuicio de su

amado, buscó una coartada y respondió sencillamente:

—¡Bah!... Fueron celos tontos... Cuando llegué aquí, creída de encontrar a la marquesa, hallé a Mario solo, agraciándome.

—¿Estáis bien segura de que estaba solo?

—Segurísima.

Scarpia se levantó. Dió un golpe a la puerta, por donde se fueron los suyos y llamó:

—¡Sciarrone!

Apareció éste con el sudor bañando su frente.

—Señor.

—¿Qué dice el caballero?

—Niega.

—Insiste, pues, insiste... y aplica la Ley con todo su rigor.

Volvió Scarpia al lado de la diva, la cual, con aire de triunfo, convencida de la nobleza de su amado, dijo al Prefecto:

—Es inútil. Mario es un héroe. No hablará.

Príamente, repuso el barón:

—¡Lo sé... Mas vos responderéis por él.

Un grito de horror heló el corazón de Floria. Aquel grito era proferido por Mario... Fué un alarido espantoso, inenarrable...

—¡Scarpia! —gritó Floria desfavorida—. ¿Qué pretendéis?

—Vuestro amante —repuso aquél— tiene puesto alrededor de la cabeza un cerco punzante que, a cada negativa, le hace brotar chorros de sangre. No habrá piedad para él, si insiste en no decir la verdad.

Y una carcajada que lanzó hizo que Floria

se irguiese cual una fiera que va a clavar su zarpa.

—¿Y tú ríes, hiena?—clamaba la sin ventura— ¡Ah, si cuando arregles con Dios tus cuentas, puedo yo acusarte!...

Los alaridos de horror se sucedían... La muerte empezaba a extender sus alas por aquel recinto. Floria mesábase, impotente, los cabellos, y se retorció en una desesperación inmensa. Gritó, insultó, mas sus palabras se perdían en el vacío, y Scarpia, imperturbable, aguardaba el momento de la revelación, seguro, el infame, de que ésta no tardaría.

—¡Ah, por piedad!—clamó al fin la Tosca—. ¡Clemencia para él, Scarpia!

El Prefecto llamó a Sciarrone.

—Suspende el suplicio por un instante. Traed al caballero.

Aparecieron los esbirros conduciendo, casi muerto, a Mario, cuyo rostro chorreaba sangre. Clavó el infeliz los ojos en su amada, y díjole con voz desfallecida:

—No ruegues, no hables. Floria... Tú nada sabes... Y yo desafío al vil Scarpia...

—¿Me desafiás?—aulló el feroz Prefecto—. Sciarrone, empieza de nuevo la tortura.

Rápidamente, volvieron a llevarse a Mario. Y otra vez los alaridos volvieron a sucederse. Floria, sin poder articular apenas, hizo un gesto de desesperación, rompió en un sollozo inenarrable, y acercándose, tambaleando, a Scarpia, le dijo casi imperceptiblemente:

—Angelotti está allí... en el pozo del jardín.

Y cayó extenuada apoyando su cuerpo en el ventanal.

Presuroso, Scarpia ordenó a los suyos que volvieran con el pintor. Les indicó el lugar



—No ruegues, no hables, Floria... Tú nada sabes...
Y yo desafío al vil Scarpia.

donde escondíase el fugado, y corrieron allá los esbirros, después de dejar en una silla el cuerpo inerte de Cavaradossi.

Abrió éste los ojos y miró a Floria. Quizás, comprendiendo, la preguntó con voz que parecía salida del sepulcro:

—¿Has revelado algo?

—No, amor mío—mintió Tosca, abrazándose a él, desfavorida.

¡Oh, crueldad del Destino! De pronto, apurieron los sayones, llevando el cadáver de Angelotti, que arrojaron a los pies de Scarpia, quien no pudo reprimir una blasfemia.

Mario exhaló un grito de espanto, y apartando bruscamente de sí a Flora, así le dijo:

—¡Desgraciada! ¡Tú le has matado!

Un mensajero traía una orden para el Prefecto. Este leyó en alta voz:

«Sírvasse V. U. suspender el Te-Deum de acción de gracias y las iluminaciones... La batalla de Marengo, ganada por los austriacos por la tarde, se convirtió al anochecer en terrible derrota, al sobrevenir Dessaix con los refuerzos franceses... Bonaparte persigue a Mela bajo los muros de Alessandria...»

Mario se levantó todo lo que sus fuerzas le permitían, y en el paroxismo del entusiasmo, pudo todavía gritar:

—¡Victoria! ¡Victoria!... ¡Viva Bonaparte! ¡Viva la República! ¡Muerte a vosotros, sicarios de un gobierno infame!

Scarpia, fuera de sí, ordenó a los suyos que se llevaran al jacobino. Cruelmente, posaron sobre él sus manos férreas, y, casi a rastras, desapareció con ellos el infeliz Cavaradossi, mientras Flora, con los brazos en alto, queriendo ir en pos de él, fué empujada bruscamente por Sciarrone, que la hizo caer sin sentido a los pies de su señor.

—¿Qué hacemos con esto?—preguntó al hárón señalando el cadáver de Angelotti.

Seramente, contestó el Prefecto:

—¡El suicida, a la fosa!... ¡Su cómplice, al patíbulo!

—¿Y la mujer?—volvió a inquirir Sciarrone.

A Scarpia le relampaguearon los ojos. Fué un destello de lujuria, de salvaje instinto, de bestialidad, que cruzó por aquellas pupilas donde la liviandad reflejábase constante, y contestó sencillamente:

—Prisionera mía, en el castillo de Sant' Angelo.

IV

En su departamento del Castillo de Sant' Angelo, aquella noche cenaba Scarpia con la satisfacción de un hombre cuya conciencia no ha sido jamás manchada por delito alguno.

Releía, con alborozo, una carta que poco antes había recibido.

«El jacobino Cavaradossi será ajusticiado a la salida del sol. Al suicida Angelotti, que había sido condenado a la horca, se le aplicará la sentencia. Haced, por tanto, volgar su cadáver, para que sirva de ejemplar escarmiento a Roma.—El Gobernador.»

Nubló su frente un pensamiento, inspitado sin duda por las múltiples libaciones de aquella noche... Y llamó a Sciarrone.

—Id a buscar a la Tosca.

No tardó en aparecer la diva, blanca la tez, los ojos húmedos por el llanto continuado, el paso vacilante, los cabellos sueltos...

—¿Qué más quieres de mí, verdugo?

—Invítarte, Floria—le contesta el cínico—. No seas arisca, y procura, para tu bien, mostrarte amable conmigo... con el hombre que más te adora, y que por ti está dispuesto a todos los sacrificios...

Y levantándose, cogió una copa llena de vino que ofreció a Floria.

—Vino de España para reanimarnos... ¡Ea! Bebed, Floria.

Roca tuvo un gesto de repulsión y se apartó frunciendo el ceño.

—¿No queréis?... ¿También rehusáis cenar conmigo?... ¿Teméis acaso una cena a lo Borgia?... ¡Ja, ja, ja!... Esas fueron costumbres de otros tiempos... Nosotros no conveníamos...

—Pero degolláis todavía!—gimió Floria.

—¡Bah!—replicó Scarpía—. Degollamos, degollamos cuando la justicia nos lo ordena...

Y abriendo, de par en par, la ventana que conducía al patio de los ajusticiados, llamó a Floria, que se acercó muda de espanto, diciéndole:

—Mirad. La horca de dos brazos, sobre la cual venimos colgar dentro de poco a Angelotti muerto, y a vuestro galán, tambalearse con los estertores de la agonía...

Floria se apartó, llena de terror, de aquel espectro horrible... Comprendió que aquel hombre duro, implacable, no rejaría fácilmente en su empeño criminal, y una idea brotó en su cerebro!

—¿Cuánto?—susurró en su oído.



MARIO CATARZI 1888

GUSTAVO BERONA

—¿Qué queréis decir?—preguntó Scarpia sin comprender.

—El precio... ¿Cuánto pedís por salvarle?

Una risa nerviosa, estridente, brotó de los labios del Prefecto.

—¿Dinero?... No, Floria. Vos no me habéis comprendido. La mujer hermosa cual vos no se vende a precio de oro. Mis ojos os han dicho la pasión que mi pecho abrasa, y vos, abstraída por el insignificante pintorcillo, no os habéis fijado. No habéis leído en mi corazón que arde continuamente... y en mi alma atenazada por aquella pasión inextinguible, voraz, que no me deja vivir, Floria, que me arrastra al abismo si tú no vienes en mi ayuda...

Y a medida que el miserable avanzaba para cogerla por su talle, retrocedía la diva con los ojos saliendo de sus órbitas, con una expresión indecible de terror...

Y proseguía el miserable, jadeante, ebrio, lascivo, con la mayor de las torturas haciendo presa de su cuerpo:

—Jamás me parecísteis en el teatro tan adorable y divina como lo sois ahora... como en esta escena trágica de la vida...

—¡Detente, infame!—gritó Floria—. ¡Me inspiráis risa y odio! ¡Mil muertes, si mil vidas tuviera, preferiría a ser vuestra!

El Prefecto no se daba por vencido. Arreciaba con más fuerza, y no deponía su actitud suplicante y amenazadora, a un mismo tiempo.

—No te obstines... Y tu amante tendrá su libertad.

Un rayo de esperanza iluminó la oscuridad que ennegrecía el pecho de Floria Tosca.

—¡Despertaré a toda Roma, voceando tu infamia!

—¡Sí... pero no despertarás al muerto!

Un esbirro anunció:

—Excelencia, todo está ya dispuesto para el suplicio.

Ante aquellas palabras, Floria se creyó perdida... Vió cerrarse todas las puertas a la esperanza, si no cedía a los instintos carnales del villano, y acercándose a él, le dijo con voz esfallecida:

—Consiento, barón... Soy vuestra.

—¡Al fin!—dijo Scarpia, abrazándola.

Ella se apartó, añadiendo:

—Pero lo quiero al instante libre... Yo misma le llevaré la nueva de su libertad.

Scarpia repuso, jovialmente:

—Despacio, despacio, ángel mío... Hay que cubrir las apariencias. Toda imprudencia podría ser contraproducente. Todos han de creer que el caballero ha muerto. De ello se encargará mi hombre de confianza.

Y llamando a Sciartone, que aguardaba órdenes, le dijo, guiñándole un ojo y en voz alta para que Floria oyera sus palabras:

—El prisionero será fusilado, pero con armas cargadas con pólvora sola... ¿Has comprendido? A la señora, que se le deje franco el paso del castillo.

Y sentándose a la mesa, preparó a Tosca un salvoconducto que le permitía salir del Estado, con un compañero.

Se lo leyó a Floria: quiso, conñado, dar rienda suelta a su pasión. Mas Floria retrocedió hacia la mesa.

—¿Por qué huís de mí, Floria?... No podéis negaros a ser mía, después del inmenso sacrificio que por vos he hecho...



—¿Por qué eres así, Floria? Tú no recuerdas cuando te asaltan los ístos.

Las manos de la Tosca, súbitamente, tropezaron con un cuchillo que en la mesa había... Lo acurrió. Una idea trágica cruzó por su mente... Scarpia iba a besarla en los labios. Fué un momento rápido... El cuchillo se clavó en el corazón del tirano, que cayó, desplomado,

a los pies de Floria, que retrocedió hacia el fondo, temblando de miedo, después de exclamar:

—¡Muere, asesino, muere!

En aquel momento que Scarpia había llegado al paroxismo de su lascivia, se sentía herido de muerte.

Y sin apartar los ojos del cuerpo exánime de Vitelio Scarpia, Tosca prosiguió:

—¡Muerto, al fin! ¡Ahora te perdono, condenado!

Se acercó al cadáver, dobló su rodilla y, asomando a su boca una sonrisa preñada de amargura, prorrumpió:

—¡Y toda Roma temblaba ante su presencia!

Y haciendo un esfuerzo sobrehumano, y dominiando el horror que le causaba, abrió la mano del cadáver para quitarle el salvoconducto que había estrujado entre sus crispados dedos.

Su religiosidad despertóse, en aquel instante, más firme, más austera que nunca. Tomó los dos candelabros que con sus velas encendidas en la mesa había, y después de colocarlos devotamente, uno a cada lado del cadáver, rezó breves momentos...

Su oración fué acompañada por el tañido de las campanas de San Andrés, que tocaban a «Maitines».

¡Cuadro imponente, trágico, imponderable! Floria se apartó, aterrorizada, de aquel lugar, testigo de su crimen, para correr a los brazos

de Mario Cavaradosi, el desventurado cuyos momentos eran contados.

V

Las campanas de San Andrés seguían doblando...

Mario esperaba, impasible y sereno, la hora fatal...

Gruñó el cerrojo de su celda.

Y con alegría inmensa, vió a Floria, radiante de ventura.

Se estrecharon fuertemente, y después de un silencio largo y profundo, la Tosca pudo hablar:

—Te traigo la salvación.

—¿Qué dices, Floria?

—Habla quedo... Cualquiera podría oírnos...

Yo he logrado del malvado Scarpia un salvoconducto. He lo aquí.

Mario leyó ávidamente. El alborozo embargaba su corazón, pero, de pronto, asaltándole una terrible duda, requirió de Floria todos los detalles.

—¡Scarpia concede gracia por vez primera!... ¿Cómo la has alcanzado, pérfida?

Floria se lo contó todo. Convencido, al fin, Mario de la fidelidad de su amante, inquirió:

—Dime... ¿Qué debo hacer yo?

—Las armas estarán cargadas con pólvora sola... Tú, al sonar los disparos, te dejas caer... así... como yo lo hago en los momentos culminantes de la tragedia, en el teatro... Después...

Lo demás corre de mi cuenta... ¡Y a gozar, lejos de esta tierra, de nuestra libertad y de nuestro amor! Tómame oro y joyas. Tengo un coche preparado.

Se abrazaron, despidiéndose al oír los pasos de los soldados que venían a buscar a Mario. Floria desapareció.

Y Cavaradosi fué conducido a la terraza del castillo, lugar donde debía consumarse la sentencia.

Sciarrone quiso vendarle los ojos, a lo que él, enérgicamente, se negó, cruzándose de brazos...

Una descarga fué a herir el cuerpo del infeliz, que cayó de brúces, después de exhalar un grito estridente, terrible, que la noche acogió en su seno...

Al verle caer, Tosca exclamó radiante:

—¡Oh! ¡Maravilloso! ¡Como un artista!

Y al marcharse los soldados, los hombres de confianza de Scarpia, después de lanzar una estridente carcajada, tropezaron con Floria.

—¡Hola, insignie diva!—socaronamente le dijo Sciarrone—Aquí tenéis a vuestro amante. ¡Tomadlo, es vuestro!

Y se largaron, no lejos de allí, para atisbar, sin duda, y reírse de la escena conmovedora que debía tener lugar.

—¡Levántate ya, amor mío!—clamaba Floria Tosca abrazada al cuerpo de su amado—No hay nadie ya. Huyamos antes no descubran la muerte del vil Scarpia.

Mario no se movía.

Un reguero de sangre fué a manchar las manos de la diva... Hicó su cara el frío de la muerte...

—¡ Mario!—y su voz se perdía en el infinito.

—¡ Mario!

Aparecieron los dos esbirros que se acercaron a ella, diciéndole en tono soez:

—Habéis caído en el lazo. La orden era de haceros creer en una ejecución simulada, pero de fusilarlo de veras.

Levantóse Floria... Su aspecto daba escalofríos... Desencajada, trémula, el coraje reflejado en su rostro, altiva como una diosa, sin que las lágrimas lograsen traspasar el umbral de sus ojos llenos de esmpor, parecía a una loca, gritó a aquellos sicarios:

—¡ Ah! ¡ Por qué no puedo ya apuñalar otra vez a vuestro Scarpia, que asesina aún siendo cuáláver?..

La tempestad rugía en su alma y en el firmamento.

Proseguía la sin ventura:

—¡ Maldición sobre vosotros, esbirros, capaces de tamañas infamias!... ¡ Y sobre ti, pueblo dormido, lleno de podredumbre, que aceptas la tiranía y la toleras!... ¡ Y sobre ti, sol de Roma, que les alumbra indiferente!..

¡¡ Maldición!!

Los esbirros avanzaron un paso hacia ella, que retrocedió hasta la balaustrada por donde se divisaba el abismo sin fin...

—¡ Ah, demonio!—gritó Sciarroue—. ¡ Te mandaremos a que te juntes con tu amante en la tumba!

Floria subió el peldaño.

—¡ Atrás, miserables! ¡ Yo sola iré a reunirme con él, con mi único amor, con Mario!

Y el instante trágico llegó a su fin. El cuerpo de Floria Tosca tambaleó. Rodó por el infinito hasta estrellarse contra una roca para ser pasto de los cuervos.

En los labios de la eximia Floria fluctuaba todavía el nombre de su amado, y sus ojos no se cerraron para poder contemplar a lo lejos, en el cielo azul, la estrella que debía guiar a su alma al lado del amor de sus amores...

FIN

Núm. 82 - **BIBLIOTECA FILMS** - 24 Septiembre

¡¡ ÉXITO COLOSAL !!

La emotiva e interesantísima novela de amores castos y viles traiciones

Como Don Juan de Serrallonga

Postal de *Mary Philbin*

50 céntimos

Núm. 83 - **BIBLIOTECA FILMS** - 23 Septiembre

La novela dramática de aventuras extraordinarias que tienen por escenario la inmensidad de los mares y las abruptas costas de Bretaña, titulada:

EL REY DE LOS CORSARIOS

por el atlético actor **JEAN ANGELO**

Postal de *Jean Angelo*

No deje usted de coleccionar

CELEBRIDADES DE VARIETÉS

- N.º 1 **Ramper** (2.ª edición) N.º 5 **Argentinita**
» 2 **Mercedes Serés** » 8 **Chelito**
» 3 **Elvira de Amaya** » 7 **Luis Esteso**
» 4 **Lepe** » 8 **Pilar Alonso**

No deje de leer el núm. 9 dedicado a

LA GOYA

Artística portada de **Solis Avila**

Inéditas fotografías de **Galvacho**

En prensa:

Número 10

CASIMIRO ORTAS «El AS de los cómicos»

Lo más chispeante y gracioso.

30 céntimos

!!! SENSACIONAL !!!

Ya está en venta el primer número de

LOS TRIUNFADORES DEL RUEDO

dedicado al gran

LITRI «El torero que se ría de la muerte»

Ganador de la *Oreja de Oro*. Vida e intimidades
contadas por él mismo a nuestro colaborador
literario

Sánchez CARRERE, ilustraciones de **Solis AVILA**

Emocionantes fotografías - Cubiertas a varias tintas

Obsequio de una tarjeta postal firmada
por el matador

LITRI

35 céntimos

35 céntimos

¡A CONTECIMIENTO!

Ya esté en venta el núm. 82

SELECCIÓN

DE

BIBLIOTECA FILMS

Novela romántica de castos amores y viles
traiciones

**COMO DON JUAN
DE SERRALLONGA**

Cuyos protagonistas son los simpáticos artistas

Fay Compton

y

Nigel Barrie

VERISMO : EMOCIÓN : MISTERIO

Cubierta a varias tintas : Literatura selecta

Precio : **50** céntimos

La mejor y más económica de las novelas
cinematográficas

IMP. GARROFÉ. — VILLARROEL, 12 7/14. — BARCELONA